

BENJAMIN STEVENSON

**TODOS
EN MI
FAMILIA
HAN
MATADO A
ALGUIEN**

**UNA REUNIÓN FAMILIAR SIEMPRE
ES UN ASUNTO DE VIDA O MUERTE**

BENJAMIN STEVENSON

TODOS EN MI FAMILIA
HAN MATADO A ALGUIEN

Traducción de Víctor Ruiz Aldana

Título original: *Everyone in My Family Has Killed Someone*

© Benjamin Stevenson, 2022

First published by Penguin Random House Australia Pty Ltd. This edition published by arrangement with Penguin Random House Australia Pty Ltd

© por la traducción, Víctor Ruiz Aldana, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2023

ISBN: 978-84-08-27113-0

Depósito legal: B. 4.368-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Capítulo 1

Un único haz de luz que recorrió las cortinas me anunció que mi hermano acababa de aparcar en la entrada. Cuando salí a la calle, lo primero que percibí fue que el faro izquierdo del coche de Michael estaba apagado. Y lo segundo fue la sangre.

No había luna y el sol aún no había salido, pero incluso en la penumbra sabía exactamente dónde estaban las manchas oscuras que salpicaban el faro roto y se extendían a lo largo de una buena abolladura en el guardabarros.

No soy un ave nocturna, pero Michael me había telefoneado media hora antes. Fue una de esas llamadas que, cuando miras la hora con la vista aún borrosa, sabes que no es para informarte de que alguien ha ganado la lotería. Tengo algunos amigos que a veces me llaman desde el Uber camino a casa para ponerme al día de la juerga que se han pegado esa noche. Michael no es uno de ellos.

Bueno, miento. No seguiría siendo amigo de alguien que me llamara pasada la medianoche.

—Necesito verte. Ahora.

Respiraba entrecortadamente. Número desconocido. Me llamó desde una cabina. O un bar. Me pasé la media hora siguiente tiritando a pesar de haberme puesto un chaquetón y trazando círculos en la condensación de la ventana delantera de casa para verlo llegar. Había renunciado a mi puesto de centine-

la y me había retirado al sofá cuando la luz del faro iluminó de rojo la parte interna de mis párpados.

Oí un gruñido cuando detuvo el coche, y luego apagó el motor, pero dejó el contacto puesto. Abrí los ojos y observé el techo unos instantes, como si supiera que, en cuanto me pusiera en pie, mi vida no sería igual, y salí. Michael estaba sentado dentro, con la cabeza apoyada en el volante. Dividí en dos el haz del faro solitario al recorrer el capó y dar unos golpecitos en la ventanilla del conductor. Michael salió del coche con el rostro ceniciento.

—Has tenido suerte —le dije, señalando con la cabeza el faro roto—. Los canguros pueden dejarte el coche hecho un desastre.

—Le he dado a alguien.

—Ajá.

Estaba medio dormido, así que apenas registré que había dicho «alguien» y no «algo». No sabía lo que solía responderse en estas situaciones, así que pensé que coincidir con él no sería mala idea.

—Un tipo. Le he dado. Lo tengo atrás.

A esas alturas ya me había despejado. «¿Atrás?»

—¿Cómo que «atrás»? —repetí.

—Está muerto.

—¿Lo llevas en el asiento de atrás o en el maletero?

—¿Qué más da?

—¿Has bebido?

—Apenas. —Vaciló—. Bueno. Un poco.

—¿En el asiento de atrás? —Hice ademán de abrir la puerta, pero Michael me lo impidió con el brazo. Me quedé inmóvil y añadí—: Tenemos que llevarlo al hospital.

—Está muerto.

—No me puedo creer que estemos discutiendo esto. —Me pasé la mano por el pelo—. Michael, hostia. ¿Estás seguro?

—Nada de hospitales. El cuello se le ha torcido como una tubería. Tiene medio cráneo del revés.

—Me fiaría más de la opinión de un doctor. Podemos llamar a Sof...

—Lucy se enterará —me interrumpió Michael. Al mencionar el nombre, al pronunciarlo con tanta desesperación, dejó claro el subtexto: «Lucy me dejará».

—No te pasará nada.

—He bebido.

—Solo un poco —le recordé.

—Ya... —La pausa se prolongó más de lo esperado—. Solo un poco.

—Estoy seguro de que la policía entiende... —empecé a decir, pero los dos sabíamos que pronunciar en voz alta el apellido Cunningham en una comisaría casi sacudía los muros con los fantasmas que convocaba.

La última vez que habíamos estado en una sala llena de polis fue en el funeral, entre un mar de uniformes azules. Era lo bastante alto como para enroscarme en el antebrazo de mi madre, pero lo bastante pequeño como para poder quedarme allí pegado todo el día. Me imagino brevemente lo que pensaría Audrey de nosotros ahora si nos viera discutiendo sobre la vida de una persona durante una madrugada gélida, pero me lo quito de la cabeza.

—No lo he matado del golpe. Alguien le ha pegado un tiro y luego yo lo he atropellado.

—Ajá.

Intenté aparentar que lo creía, pero por algo mi currículum dramático consiste en su mayor parte en papeles sin texto de obras escolares: animales de granja, víctimas de asesinatos, arbustos. Hice de nuevo ademán de llevar la mano a la manija del coche, pero Michael seguía impidiéndomelo.

—Lo he recogido. He pensado... Yo qué sé, que era mejor eso que dejarlo tirado en la calle. Y luego no se me ocurría qué más hacer y he acabado aquí.

Me limito a asentir. La familia es una fuerza de gravedad.

Michael se tapó la boca y habló a través de las manos. El volante le había dejado un leve surco enrojecido en la frente.

—Da igual adónde lo llevemos —dijo al fin.

—Vale.

—Deberíamos enterrarlo.

—Vale.

—Deja de repetir eso.

—De acuerdo.

—Me refiero a que dejes de darme la razón.

—Pues entonces deberíamos llevarlo al hospital.

—¿Estás de mi parte o no? —Michael desvió la mirada hacia el asiento trasero, volvió a montarse en el coche y arrancó el motor—. Pienso solucionar este marrón. Sube.

Sabía que acabaría metiéndome en el coche, pero no sé bien por qué. Supongo que una parte de mí creía que, allí dentro, podría hacerlo entrar en razón. En el fondo, lo único que sabía era que tenía frente a mí a mi hermano mayor diciéndome que todo se arreglaría, y da igual la edad que tengas —cinco o treinta y cinco—: si tu hermano mayor te dice que va a solucionar las cosas, tú lo crees a pies juntillas. La fuerza de gravedad.

Breve apunte: en esta parte tengo en realidad treinta y ocho años, cuarenta y uno si avanzamos al momento presente, pero pensé que si me quitaba un par de años o tres ayudaría a que mi editora le vendiera la historia a un actor de los gordos.

Me monté. A los pies del asiento del copiloto había una bolsa de deporte Nike abierta. Estaba hasta los topes de billetes sin pulcras gomas elásticas ni cintas de papel como en las películas, sino revueltos, vomitados por el suelo. Me resultaba extraño

poner los pies encima, tanto por la cantidad como porque, supuse, el tipo del asiento trasero había muerto por ese dinero. No miré por el retrovisor. Bueno, a ver, alguna mirada eché, pero solo vi la sombra de un bulto negro que me pareció más un agujero en el mundo que un cadáver, y me acojonaba siempre que la imagen amenazaba con definirse.

Michael sacó el coche de la entrada. Un vaso de chupito o algo parecido repiqueteó por el salpicadero, cayó rodando y acabó bajo el asiento. Había un sutil olor a whisky. En ese momento, y sin que sirviera de precedente, me alegré de que a mi hermano le fueran los submarinos, porque el humo de la marihuana que persistía en la tapicería enmascaraba el hedor a muerto. El maletero tenía la cerradura rota y emitió un fuerte sonido metálico cuando bajamos de la acera.

Se me ocurrió algo terrible. Tenía un faro reventado y el maletero roto, como si se hubiera dado dos golpes.

—¿Adónde vamos? —le pregunté.

—¿Eh?

—¿Sabes adónde vamos?

—Ah. Al parque nacional. Al bosque.

Michael se giró hacia mí, pero no fue capaz de sostenerme la mirada, así que echó un vistazo furtivo al asiento trasero, aparentemente se arrepintió, y al fin clavó los ojos en la carretera. Había empezado a temblar.

—No lo sé, para ser sincero. Es la primera vez que entierro un cadáver.

Llevábamos más de dos horas conduciendo cuando Michael decidió que se había hartado de trotar por caminos de tierra y aparcó la cafetera ciclópea que tenía por coche en un claro. Habíamos salido de un cortafuegos pocos kilómetros atrás y nos

habíamos abierto paso campo a través desde entonces. El sol amenazaba con salir. El suelo estaba cubierto de una reluciente y fina capa de nieve.

—Aquí servirá —anunció Michael—. ¿Estás bien?

Asentí. O al menos eso creía. No debí de mover ni un músculo del cuerpo, pues Michael chascó los dedos delante de mi cara y me obligó a centrarme. Articulé el gesto de aprobación más débil de la historia humana, como si mis vértebras no fueran más que cadenas oxidadas. A Michael le bastó.

—No salgas —me ordenó.

Con la vista al frente, lo oí abrir la puerta trasera y revolver algunas cosas antes de arrastrar al tipo —un agujero negro en el mundo— fuera del coche. Mi cerebro me suplicaba que hiciera algo, pero mi cuerpo me traicionaba. No podía moverme.

Michael regresó a los pocos minutos, sudando y con tierra en la frente, y se inclinó por encima del volante.

—Necesito que me ayudes a cavar.

Mis extremidades se desbloquearon ante la petición. Esperaba que el suelo estuviera frío, oír el crujido de la escarcha matutina, pero mis pies atravesaron directamente la capa blanca hasta la altura del tobillo. La observé con detenimiento. El suelo no estaba cubierto de nieve, sino de telarañas enredadas en briznas de hierba altas y firmes, a unos treinta centímetros del suelo, que se entrelazaban con un grosor y un blanco tan puro que parecían una estructura sólida. Lo que antes me había parecido el brillo del hielo no era más que el titileo de los delicados hilos bajo la luz del alba. Las pisadas de Michael habían atravesado la red como agujeros en la nieve fresca. Las telarañas cubrían todo el claro. Era una escena majestuosa, serena. Intenté ignorar el bulto que había en el centro de las telarañas, donde terminaban los pasos de Michael. Lo seguí, y caminar por allí fue como

abrirse paso por una niebla levitante. Me alejó del cadáver, supongo que para evitar que me viniera abajo.

Michael tenía una pequeña pala, pero a mí me hizo usar las manos. No sé por qué accedí a cavar. Me había pasado todo el trayecto convencido de que mi hermano acabaría entregándose al miedo y a esa leve dosis de temblores que yo había percibido al marcharnos. Suponía que llegaría el momento en que se daría cuenta de que estaba con la sogá al cuello y que daría media vuelta. Pero, en vez de eso, tomó la otra vía. Al salir de la ciudad y conducir hacia el amanecer, lo había notado más calmado, más estoico.

Michael había cubierto el cadáver con una toalla vieja que lo tapaba casi por completo, pero vi un codo blanco sobresalir entre las telarañas como una rama caída.

—No mires —me decía cuando yo miraba de reojo.

Seguimos en silencio durante quince minutos hasta que me detuve.

—Sigue cavando —me ordenó él.

—Se ha movido.

—¿Qué?

—¡Que se ha movido! Mira. Espera.

Era incuestionable que el mar de telarañas estaba temblando, mucho más de lo que podía provocar el viento que soplaba en el claro. Ya no parecía una sólida capa de nieve, sino el oleaje de un océano blanco. Casi podía sentirlo a través de los hilos, como si yo fuera la araña que lo había tejido, el nervio central.

Michael dejó de cavar y alzó la vista.

—Vuelve al coche.

—No.

Se acercó al bulto y levantó la toalla. Lo seguí y vi por primera vez el cuerpo entero. Tenía una mancha oscura y reluciente encima de la cadera. «Alguien le ha pegado un tiro y luego lo he

atropellado», me había dicho él. Yo no lo tenía tan claro; solo había visto disparos en las películas. El tipo tenía un bulto en el cuello, como si se hubiera tragado una pelota de golf. Llevaba un pasamontañas negro, pero no tenía la forma que esperarías. La tela mostraba protuberancias donde no tocaba. De niño, un acosador de mi colegio solía meterle dos pelotas de críquet a un calcetín para pegarme con él. El pasamontañas me recordaba a ese calcetín. Me dio la sensación de que la tela era lo único que mantenía la cabeza en su sitio. Le habían hecho tres agujeros, dos para los ojos, que estaban cerrados, y uno para la boca. Diminutas burbujas carmesíes se acumulaban en sus labios, palpitantes. La espuma iba aumentando más y más, y ya le caía sobre la barbilla. No distinguía ninguno de sus rasgos, pero, por las manchas de los brazos, provocadas por el sol, y las venas hinchadas en los dorsos de las manos, debía de tener al menos veinte años más que Michael.

Me arrodillé, entrelacé las manos y le hice un par de compresiones rudimentarias. El pecho del tipo cedía de una forma que yo sabía que no era normal, justo en la parte del esternón, y por un momento solo pude pensar en lo mucho que me recordaba a la bolsa del dinero, abierta justo por el centro.

—Le vas a hacer daño —exclamó Michael, poniéndome la mano por debajo del brazo para levantarme antes de alejarme del cuerpo.

—Tenemos que llevarlo al hospital —supliqué en un último intento desesperado.

—No sobrevivirá.

—Puede que sí.

—Que no.

—Tenemos que intentarlo.

—No puedo ir al hospital.

—Lucy lo entenderá.

—No.

—A estas alturas ya debes de estar sobrio.

—Puede.

—No lo has matado tú... Me has dicho que le habían pegado un tiro. ¿El dinero es suyo?

Michael gruñó.

—Es evidente que lo robó. Tiene sentido. No te pasará nada.

—Son doscientos sesenta mil dólares.

Querida persona lectora: tú y yo sabemos que, en efecto, son doscientos sesenta mil, pero no deja de sorprenderme que mi hermano no hubiera tenido tiempo de llamar a una ambulancia y sí de contar por encima el dinero. De lo contrario, me habría dicho doscientos cincuenta, una cifra redonda, si es que era una apreciación a ojo de buen cubero. Además, me había sonado a súplica. Por su tono no sabría decir si me estaba ofreciendo una parte o si simplemente estaba constatando un hecho que consideraba importante para la decisión.

—Escúchame, Ern, este dinero es nuestro... —comenzó a rogar. Efectivamente, me estaba ofreciendo una parte.

—No podemos dejarlo aquí tirado. —Y luego, con la mayor firmeza con que me había dirigido a él jamás, añadí—: Al menos yo, vaya.

Michael estuvo cavilando un minuto antes de asentir.

—Voy a ver cómo está —concluyó.

Se acercó al cuerpo y se agachó a su lado. Estuvo allí un par de minutos. Me alegré de haberlo acompañado; sigo creyendo que fue una buena decisión. El hermano mayor suele hacer caso omiso de lo que le dice el pequeño, pero Michael me necesitaba allí. Y yo había cumplido. El hombre seguía vivo y lo llevaríamos al hospital. Michael es alto y apenas veía su espalda encorvada y sus brazos, extendidos hacia la cabeza del hombre, porque sabía cómo acunar el cuello en caso de lesión vertebral. Los

delgados hombros de Michael se movían arriba y abajo. RCP, tratando de hacer que el tipo arrancase como si de un cortacésped se tratara. Michael llevaba demasiado tiempo con él. Algo no iba bien. Y vamos por la página 26.

Michael se puso en pie y echó a andar hacia mí.

—Ya podemos enterrarlo.

Eso no era lo que esperaba que me dijera. No. No. No me lo podía creer. Di varios pasos temblorosos hacia atrás y me caí de culo. Los pegajosos hilos me envolvían los brazos.

—¿Qué ha pasado?

—Ha dejado de respirar.

—¿Que ha dejado de respirar?

—Sí, sin más.

—¿Está muerto?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Cómo es posible?

—Ha dejado de respirar. Espérame en el coche.